



PASTORAL SOBRE LARRAÑAGA



1948

Talleres Gráficos Urta y Curbelo

Soriano, 1023

MONTEVIDEO

PASTORAL SOBRE LARRAÑAGA

NOS, EL Dr. DON ANTONIO MARIA BARBIERI, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTOLICA, ARZOBISPO DE MONTEVIDEO.

Al Venerable Cabildo Metropolitano, Clero Secular y Regular, Comunidades Religiosas, Miembros de Acción Católica, Asociaciones piadosas y fieles en general, salud y bendición en el Señor.

FECHA CENTENARIA

El día 16 del corriente mes de febrero se cumple una centuria de la muerte del Pbro. Dámaso Antonio Larrañaga, primer Vicario Apostólico de la República, designado por Breve de Su Santidad Gregorio XVI el 14 de agosto de 1832.

Las cualidades excelsas de este hombre de excepción y la gravitación de su influencia en la vida de la Iglesia y en los destinos del país, Nos imponen el agradable cuanto honroso deber de traer su figura al primer plano de vuestra consideración.

Por otra parte estas líneas, que configuran el homenaje oficial de la Iglesia en el Uruguay a uno de sus más preclaros hijos, no hacen más que sumarse a la unánime expresión de elogios consagratórios, que, desde todos los sectores de la opinión pública, ha conquistado este Sacerdote singular, cuya figura se destaca con relieves propios y que el tiempo y la lejanía, — que suelen envolver en sus brumas y desteñir las cosas que fueron — lo hacen más recio y firme.

Así lo declara el informe de la Comisión de la Cámara de Representantes, cuando afirma que: "Larrañaga representa para el Uruguay la forma más perfecta del ciudadano preocupado por el bien de sus semejantes de todas las múltiples esferas en que puede actuar un hombre inteligente e ilustrado":

Afirmación coincidente con la del Dr. Eduardo Acevedo, quien en su magistral obra "José Artigas" dice que: "Larrañaga es sin disputa alguna el más virtuoso y el más sabio de todos los hombres que actuaron en el Río de la Plata durante el período de la Independencia. Como Vicario de Montevideo una tradición moral honrosísima. Como sabio, rayó a considerable altura por la variedad de facetas de su inteligencia y la originalidad de sus estudios. Hemos recorrido las memorias manuscritas que obran en el archivo de don Tomás Lamas, acerca de geología, climatología, zoología, botánica, libertad de imprenta, bibliotecas públicas, gramáticas de lenguas indígenas y viajes. Constituyen todo un tesoro de observaciones personales, que

se está perdiendo bajo la influencia del polvo y de la humedad en el cuarto de útiles de limpieza de un establecimiento público del Río de la Plata”.

Es que, realmente, el Padre Larrañaga fué un hombre extraordinario.

Muchos son, los aspectos que se pueden estudiar en este espíritu prodigiosamente múltiple. Nos, en esta Pastoral, no lo vamos a enfocar desde ángulos determinados, lo que daría margen a interesantes monografías — que, por otra parte, están en nuestro propósito hacer oportunamente, si Dios quiere quedar servido con ello.— En esta Pastoral vamos a exponer sencillamente una suma de datos que delinean con el adecuado comentario, la personalidad de este ilustre Sacerdote patricio; con esto os habremos dado, amadísimos Hijos, en condensada síntesis, los valores fundamentales que justifican el homenaje que la Iglesia y la ciudadanía rinden en esta fecha centenaria.

Para ordenar cuanto hemos de exponer en este Documento, vamos a considerar en el Pbro. Dámaso Larrañaga:

- a) El hombre de ciencia.
- b) El patriota.
- e) El Sacerdote.

I

EL HOMBRE DE CIENCIA

Como paso previo a esta breve exposición, digamos algo sobre sus antecedentes.

Dámaso Antonio Larrañaga — según la autorizada opinión del docto historiador y buen amigo nuestro, el señor Rafael Algorta Camusso. — nació el 9 de diciembre de 1771, siendo sus Padres Don Manuel Larrañaga y Doña Bernardina Pires. Su casa natal estaba situada, probablemente, en la actual calle Cerrito casi esquina Zabala de nuestra Metrópoli.

Cursó sus primeros estudios en el Convento de S. Bernardino, de los PP. Franciscanos de Montevideo, con propósito de dedicarse a la Medicina. Ya estaba todo dispuesto para que el joven Dámaso Antonio se iniciara en esa disciplina, cuando la muerte de su hermano Carlos, que cursaba los estudios eclesiásticos en la Ciudad de Buenos Aires, determinó un vuelco en las orientaciones de vida y tras sereno y ponderado estudio de su vocación, se decidió a abrazar la carrera eclesiástica; para ello ingresó en el Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires, donde se educaron muchos de los preclaros Patricios que tanto influyeran en la suerte y desarrollo de estas naciones hermanas de la cuenca del Plata.

Discípulo aventajado en la piedad y en el estudio, según consta por documentos existentes en el archivo de la referida Institución, supo granjearse la simpatía y el respeto de preceptores y compañeros.

Baste por todos los testimonios, el del Rector del Colegio, Pbro. Dr. Luis José de Chorroarín, quien afirma "que Dámaso Antonio Larrañaga, colegial de este Real Colegio a mi cargo, es joven de buena vida y costumbres puras, aplicado al estudio, observante de las constituciones que aquí exigen y que frecuenta los Santos Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía fuera de los días señalados a la Comunidad".

Por fuerza de determinadas circunstancias se ordenó Sacerdote en Río de Janeiro; y vuelto a la patria, fué nombrado Capellán de las milicias; y luego Teniente Cura de la Parroquia de Montevideo.

Fué así que tuvo ocasión de ponerse en contacto con la sociedad montevideana, ya sea regenteando la lenta construcción de nuestra actual Basílica Metropolitana, ya sea como predicador fervoroso y confesor iluminado; ya destacándose por su obra de caridad para con los soldados, los presos, los pobres y los esclavos.

UN DATO INTERESANTE

Como dato interesante de esta época de su ministerio, señalaremos que, en el Libro VI de Matrimonios, folio 28 del Archivo de nuestra Iglesia Metropolitana, existe una partida fechada el 23 de diciembre de 1805 por la que consta que el Pbro. Dámaso Larrañaga "casó al Teniente de Blandengues José Gervasio Artigas con doña Rosalía Villagrán, habiendo dispensado el Ordinario el grado de consaguinidad que hay entre ambos".

INICIA SU OBRA CIENTIFICA

Es precisamente en esta época que el Pbro. Larrañaga empieza a dedicarse con pasión a sus estudios favoritos.

Desde hacía algún tiempo que se le enviaban nidos de pájaros, yerbas, plantas, flores, etc., con lo que iniciaba sus estudios, y formaba esas espléndidas colecciones que conservaba en su casa, y que llegaron a ser la admiración de los estudiosos que visitaban la ciudad de Montevideo.

La importancia de sus trabajos ya aparece en una de las cartas con que tomaba contacto con naturalistas distinguidos de otros países que dice textualmente: "... remito las siguientes semillas que me he visto precisado a calificarlas por mí mismo, guardando en cuanto he podido las frases y sistemas de Linneo."

Con razón pudo alguien decir — comentando estas palabras— que como Adán en el paraíso terrenal (1) Larrañaga en nuestra tierra, aún virgen, debía poner los nombres a las cosas.

Su inteligencia múltiple incursionó en los campos más variados: fué astrónomo, geólogo, botánico, naturalista, etnólogo, geógrafo, meteorólogo, filósofo, literato, cultor de las lenguas clásicas y dominador del italiano, francés e inglés, etc.

(1) Gen. C.11-v-19.

SUS LIBROS

Un índice de sus estudios y de sus trabajos lo tenemos en los magníficos volúmenes de sus apuntes que nos ha dejado.

Observador escrupuloso y sagaz, nada pasaba inadvertido a su mirada avizora.

Desde su *Diario de Historia Natural* que consta de 2.600 páginas en folio, hasta el viaje a Paysandú; desde el estudio sobre la lengua Chaná, hasta el otro sobre la formación geológica de los terrenos rioplatenses; desde sus escritos de argumentos históricos, literarios, y políticos, hasta las ilustraciones gráficas en colores que nos ha dejado de las cosas que ve y que describe, este hombre extraordinario demuestra una inteligencia dúctil, un espíritu agudo de observación y una admirable capacidad de trabajo, pues, cualquiera de sus estudios sería capaz de absorber toda la vida de un hombre; tanto más si se tiene en consideración que, fuera de algo más de un precario microscopio y de un mal antejo de larga vista no poseía ni los libros ni el instrumental necesario para llevar a cabo estudios de esa profundidad y magnitud.

CON LOS SABIOS

No es de extrañar que Larrañaga cultivara amistad y asidua correspondencia con los sabios de su tiempo y que éstos, impuestos de sus importantes trabajos, tejieran los más conceptuosos elogios de este sabio sudamericano.

Séanos permitido espigar en la abundante correspondencia que poseemos en el Archivo de nuestra Curia Metropolitana algunos párrafos que serán más elocuentes que nuestras propias palabras.

"No he encontrado en América — escribe Saint Hilaire — persona alguna con la capacidad de usted para hacer adelantar la ciencia, y consideraría una desgracia que se viera usted obligado a descuidarla". Y añade: "He comunicado a nuestro sabio Cuvier lo que usted me hizo el favor de enviarme sobre el tatú fósil. Como se propone una segunda edición de su obra, deseo vivamente que usted publique algo sobre ese interesante objeto, y me encarga se lo pida en su nombre".

Las palabras de Bompland son, si cabe, más elocuentes: "Me será muy grato cultivar con usted una correspondencia asidua, y estoy más interesado que usted en ello, pues usted está más versado que yo en la historia natural de estos países..." "Me desesperaría si se publicaran mis manuscritos sin su asentimiento; son obras a las que tiene usted mil veces más derecho que yo, y que considero propiedad suya".

Y Freycinet le escribe: "Los sabios franceses, desearían aprovechar las investigaciones de usted, y me atrevo a esperar que tendrá a bien enviarles algún informe. Monsieur Cuvier quedaría muy satisfecho si usted le comunicara sus descubrimientos en historia natural; la Sociedad de Geografía desea contarle en el número de sus

miembros; pronto recibirá una nota oficial, y me atrevo a esperar que tendrá a bien satisfacer nuestros anhelos”.

Humboldt y Cuvier tienen para con el sabio uruguayo análogas expresiones.

Todo ello nos explica la categórica apreciación de Roxlo cuando llama a Larrañaga “el más sabio de los sabios de nuestro país”.

APOSTOL DEL SABER

Pero su amor a la ciencia, lo llevaba más allá del deseo y la gloria de poseerla. El quería difundirla entre sus conciudadanos.

Ya tendremos ocasión — si Dios quiere — de hacer un estudio más amplio de este aspecto del Pbro. Larrañaga. Pero cabe aquí puntualizar sus realizaciones concretas para elevar el nivel cultural de nuestro pueblo.

LA ESCUELA LANCASTERIANA

En el año 1821, se fundó en Montevideo, la Escuela Lancasteriana, instituto que debía establecerse en todo el país y que traduce la inquietud de Larrañaga para facilitar gratuitamente hasta donde ello era posible, al pueblo, un nivel de cultura necesario para un decoroso desarrollo de su vida.

A esta obra hay que añadir sus desvelos por seguir a los alumnos egresados de la escuela, lo que configura la primera obra post-escolar de nuestro país. A este propósito así se expide el ya citado informe parlamentario:

“Hay otro acontecimiento en estos años, precisamente en el de 1821: la fundación de la “Escuela Lancasteriana” que significa un adelanto sustancial en esa época. Se trataba de la implantación de la primera escuela pública en grande escala y con métodos modernos. Era un deseo vehemente del P. Larrañaga convertirlo en espléndida realidad. Lo esencial era la instrucción impartida a los monitores, y éstos comunicando su ciencia o su saber a los demás de las clases; pero en lo que había novedad importante era, primero en la aplicación de las sanciones, en lo que, contra la costumbre de la época, los castigos estaban severamente proscritos; y segundo, en la preocupación del grupo dirigente o Comisión Directiva de la Escuela, por los niños egresados, a los que se les buscaba colocación adecuada y durante un año se les vigilaba en su nueva vida”.

“La obra era, pues, de grandes proporciones, abarcando la educación y la post-escolaridad. Era la primera vez que en el país se emprendía obra semejante; de ahí el entusiasmo que puso Larrañaga en ella y el fruto que pudo ver apto y maduro”.

LA BIBLIOTECA NACIONAL

Además Larrañaga fundó y fué el primer Director de la Biblioteca Pública, teniendo como base los libros que a tal efecto legara

el esclarecido patriota Pbro. José Manuel Pérez Castellano y los propios.

Los anales de la Biblioteca guardan el magnífico discurso inaugural de Larrañaga quien, entre otras cosas dijo que no debía ser la Biblioteca como un depósito o cementerio de libros, sino "un domicilio o abiertas asambleas en que se reúnen como de asiento, todos los más sublimes ingenios del orbe literario, o por mejor decir, el foco en que se reconcentran las luces más brillantes que se han esparcido por los sabios de todos los países y de todos los tiempos".

La idea de fundar esta Biblioteca fué propuesta a Artigas en la célebre cuanto frugalísima cena que tuvo Larrañaga con el Héroe en el glorioso campamento de Paysandú.

SEAN LOS ORIENTALES TAN ILUSTRADOS COMO VALIENTES

Artigas, en su alta y fina comprensión, apoyó la propuesta de Larrañaga y le incitó a realizarla sin pérdida de tiempo, poniéndose para ello de acuerdo con su delegado Barreiro. La Biblioteca se inauguró el 25 de mayo de 1816, y ese acto formó parte de lucidos festejos populares y sociales que se realizaron, en los días 24, 25 y 26, en conmemoración de la fecha inicial de la revolución. Larrañaga hizo allí en la citada oración inaugural, calificada de magistral por Andrés Lamas, la apología del Jefe de los Orientales. Este, por su parte, para incorporarse en espíritu al acto realizado en Montevideo, dió en ese día como santo y seña del ejército, la memorable frase: "Sean los orientales tan ilustrados como valientes".

LA UNIVERSIDAD

En su afán de difundir la cultura propició la fundación de la Universidad, cuyo proyecto, presentado al Senado en el año 1832, cristalizó después de parciales ensayos, en 1849.

El propio Larrañaga tras pacientes estudios estructuró su reglamentación que presentó al gobierno en el año 1838, y que mereció de don Manuel Oribe, presidente de la República, el siguiente elogio: "He visto el reglamento para la Universidad y me ha parecido excelente. Por lo que hace a la clase de Rector, yo desearía que Ud. fuese el nombrado y si Ud. lo considerare conveniente nombraría un segundo que lo desempeñase, de su satisfacción, si usted lo creyere oportuno.

"Yo deseo darle a Ud. pruebas inequívocas del respeto que me merece, y ya que está Ud. a la cabeza de nuestra Iglesia, quisiera verlo a Ud. también a la cabeza de aquel honroso establecimiento consagrado al estudio de las ciencias.

"Cuento, pues, con que Ud. me hará a mí y a su Patria este servicio más, lo que sería también un título más a la gratitud de sus conciudadanos.

"Por mi parte puedo asegurar a Ud. que tendré la mayor satisfacción como que soy su invariable amigo. — Q. B. S. B. — Manuel Oribe".

Como es sabido, Larrañaga no aceptó el nombramiento, que al fundarse la Universidad en 1849, ya fallecido el prócer, recayó en su sucesor de la Jefatura de la Iglesia, el Pbro. Lorenzo Antonio Fernández.

LAS ESCUELAS MILITAR Y NAVAL

Refiriendo este acontecimiento el informe presentado a la Cámara que ya hemos citado, dice que "Larrañaga en su proyecto pugnaba por la creación de cátedras de Derecho Público, Economía Política, Derecho Patrio y Leyes Vigentes. Además se establecía la Academia Militar de Estudios, incluyendo de modo bien explícito la Arquitectura y las Fortificaciones, así como la Astronomía Práctica y la Navegación. Al mismo tiempo encargaba al Consulado la enseñanza de la Agricultura y de la Industria y le encomendaba que indicare al gobierno los establecimientos con que, a su juicio, se debía contar. Creaba una cátedra de Filosofía como iniciación de los estudios eclesiásticos, a la que seguirían otras con las cuales formárase el Seminario. La Medicina y la Cirugía deberían ser enseñadas por el Médico de la ciudad y por el cirujano mayor del Ejército, respectivamente, remunerándoseles su trabajo extraordinario. Y englobándolo todo, una vez en marcha los Estudios Universales, con ellos se fundaría la Universidad de la República".

EL SENTIDO DE SU CIENCIA

Pero el Pbro. Dámaso Antonio Larrañaga no fué el estudioso de laboratorio, adusto y ceñudo; ni el Catedrático de empaque doctoral; ni el conferencista de frase aguda y argumentos difíciles.

Fué, en cambio, el sabio simple, el que no interponía nada entre él, y la naturaleza cuyos secretos quería poseer. El se puso en contacto directo con la flor, con el ave, y con la estrella para preguntarles los secretos de su vida, y para dar, a este diálogo con las cosas, toda la emoción de la belleza de que es capaz una gran inteligencia apoyada en un gran corazón.

Quizás en su pasaje por las aulas franciscanas, en los años tiernos, donde las cosas dejan tanta huella en el alma, se habría contagiado del espíritu de Francisco de Asís, que sabía leer y aprender en el magnífico libro de la tierra y del cielo, con todas sus cosas llenas de hermosura y de verdad.

Con esto Larrañaga, el primer sabio eminente de la Patria, nos ha dado quizá su mayor lección: que la ciencia verdadera no se posee sólo a través de una cultura libresca, sino que la verdad necesita de la emoción que nace del contacto de las cosas, para que ese conocimiento arraigado como planta viva en el espíritu, se traduzca en frutos de vida para el bien de la Comunidad.

II

EL PATRIOTA

SACERDOTE PROCER

Esto nos da la razón por la que este hombre pusiera su saber al servicio de un ideal superior: el de la Patria.

El nombre de Dámaso Antonio Larrañaga integra el elenco magnífico de nuestros Sacerdotes patricios entre los que se destacan Juan Francisco Larrobla, José Manuel Pérez Castellano, José Monterroso, Valentín Gómez, Santiago Figueredo, Manuel Máximo Barreiro, Lorenzo Antonio Fernández, José Benito Lamas, héroes un poco olvidados con los cuales la Patria está en deuda de un justiciero y perdurable homenaje.

La actuación patriótica del Pbro. Dámaso Antonio Larrañaga se desarrolló en un ambiente de profundas convulsiones políticas. Época de gestación de la Patria, tuvo sus días caóticos que reclamaron de sus hijos todo el valor y todo el sacrificio de que eran capaces.

Y Larrañaga respondió ampliamente a este reclamo de la Patria, y su personalidad gravita con eficacia en esa etapa histórica que se inicia a principios del siglo pasado.

LAS INVASIONES INGLESAS

Precisamente en el año 1806 los ingleses invadieron el virreinato del Río de la Plata. El Virrey Sobremonte, sorprendido y amedrentado, huye.

Pero el pueblo reacciona. En Montevideo se organiza la defensa y Dámaso Antonio Larrañaga es nombrado Capellán, primero de los Voluntarios de Infantería al mando de Liniers, y luego de todo el Ejército de la Reconquista.

No vamos aquí a seguirlo en esta odisea que mereció a Montevideo el honroso título de la "muy fiel y reconquistadora ciudad".

Las crónicas de la época y nuestros historiadores destacan la obra de Sacerdote y de patriota de este preclaro hijo de la Iglesia, desde las luchas de Buenos Aires hasta la batalla del Cardal.

Basten para abonar nuestro aserto las siguientes frases de documentos que tenemos a la vista.

"... Nuestro General tuvo particular cuidado en que se atendiese con proligidad a la curación de los heridos ingleses y nuestro Capellán Larrañaga estuvo con suma vigilancia por conseguir la reconciliación de los de mayor peligro".

"En el ataque del Retiro y en la acción general de la ciudad, se le vió siempre en medio del fuego, confortando a los heridos con la palabra y aplicando a los heridos la Extremaunción, donde quiera que caían, animando siempre con su ejemplo y con sus continuas exhortaciones a la firmeza y constancia, tan necesaria para la victoria".

“... el Presbítero Dn. Dámaso de Larrañaga, sacerdote virtuoso, sabio y distinguido, se halló siempre en medio de los mayores riesgos movido de su piadoso celo y de su decidido patriotismo.”

Aún a costa de alargar demasiado este Documento, no resistimos al deseo de transcribir una página de Don Francisco Bauzá que, además de puntualizar la actuación de Larrañaga, traduce una nota interesante de la defensa.

Dice así: “Radiante amaneció el día 10 que era domingo. Larrañaga, capellán mayor del ejército lo tenía designado como antelación para solemnizarlo como obligación cristiana y precedente auspicio del combate que debía librarse en breve. Muy temprano se improvisó el rústico altar, a cuyo frente y flancos formaron las tropas. La intemperie y las lluvias habían atezado los rostros y envejecido los uniformes; pero ese hecho, contrastando con la brillantez de las armas y la precisión de los movimientos, acentuaba en las files el aspecto severo y marcial. Aquella ceremonia religiosa, a la víspera del instante en que la suerte de la guerra iba a fijar los destinos del Río de la Plata, tenía en la grandeza de su propia sencillez, algo que rememoraba la fe de los antiguos cruzados. Desde el General en jefe, que ya debía sentir la abrumadora responsabilidad de su cargo, hasta el último soldado, factor anónimo, pero indispensable de la jornada del día siguiente, todos se inclinaron sumisos, cuando abatidas las banderas y arrodillados los hombres, fué ofrecido el holocausto”.

EN EL AMANECER DE LA PATRIA

Terminada victoriosamente la lucha de las invasiones inglesas y tras breve tregua, se abre la época de la epopeya emancipadora.

Asiduo concurrente a las reuniones que se tenían en el histórico Convento franciscano, Larrañaga se incorporó de inmediato a la nueva falange que surgía llevando en la frente el ideal sagrado de una patria independiente. Con esa falange de Sacerdotes patricios es echado de la ciudad por el Portón de S. Pedro e invitado a unirse con sus amigos los “matreros”.

LAS INSTITUCIONES

Más tarde, por el año 1813, lo vemos de nuevo junto a Artigas y enviado por éste como presidente de la delegación de la Banda Oriental para llevar las aspiraciones del pueblo inscriptas en las célebres Instrucciones, cuya redacción y espíritu parecen ser de Larrañaga, que interpretó en ellas el pensamiento de Artigas, según opinan Carlos M. Ramírez, Carlos Roxlo, Francisco Bauzá y J. Zorrilla de San Martín.

Y si bien esta gestión, como la que hiciera con los otros dos Sacerdotes, Mario Salcedo y Luis Chorroarin delegados de Montevideo, no tuviera éxito, demuestra a las claras sus convicciones democráticas y el fervor patriótico que lo movía.

EN EL CAMPAMENTO GLORIOSO

Más tarde, en el año 1815, le vemos ir al encuentro del Cuartel General de Artigas, en Paysandú, para tender un puente de entendimiento entre el Caudillo y el Cabildo de Montevideo.

Recomendamos la lectura de las crónicas que el propio Larrañaga hace de este viaje, pues en ellas se encontrarán datos interesantes sobre las condiciones de nuestra tierra en su más variados aspectos, y una hermosa descripción del Jefe de los Orientales en su glorioso campamento del Hervidero.

Si alguna vez las relaciones de Larrañaga con Artigas parecen enfriarse, despejados los equívocos, vuelven de nuevo a abrazarse los dos viejos amigos en los supremos ideales que siempre los habían unido.

LA DOMINACION PORTUGUESA

En el desarrollo de estos acontecimientos hay una actitud de Larrañaga que ha sido tomada con ciertos reparos.

Se trata de su aceptación de la dominación portuguesa.

No es este el lugar de hacer un estudio de esta hora incierta que vivió nuestra ciudadanía; ni de la actitud de Larrañaga en esta contingencia. Pero del estudio que sobre ella han hecho eminentes historiadores resulta, como conclusión innegable, la del ya citado historiador R. Algorta Camusso y gran estudioso de la vida de Larrañaga, y que Nos compartimos sin reservas, a saber: que, "cansados (los orientales) de luchar y de sufrir, desorientados por un lado y desalentados por otro... aceptó al lusitano como a un indiscutible factor de paz... En este acontecimiento como en tantos otros Larrañaga fué el ciudadano que supo reflexionar y reprimir sus sentimientos personales, para decidirse por lo que creyera más útil a la Patria. Aceptó la dominación de Portugal como se acepta entre dos males el menor... y consiguió ventajas y mejoras no para provecho propio sino para el Uruguay que aún disfruta de ellas".

EN LA HORA DE LA PATRIA

Pero cuando se produjo la inevitable reacción y los Treinta y Tres Orientales iniciaron la homérica Cruzada, Larrañaga se adhirió a los patriotas; y desde su sitio de Sacerdote, por encima de las cuestiones políticas del momento, siguió paso a paso la gloriosa epopeya de sus hermanos; y tanto ascendiente y respeto supo inspirar su augusta persona que, cuando en 1830, Rivera y Lavalleja se separaron por divisiones hondas, Larrañaga con José María Reyes y Luis Eduardo Pérez reconcilian a los dos Jefes orientales, que, dejadas de lado las pequeñas rencillas, se estrechan en un amplio abrazo de fraternal y patriótico amor.

YA EN PLENO DIA

Y, consolidada la independencia de la Patria, Larrañaga la defendió con igual tesón y desinterés.

Siguió imperturbable su vida, ocupado en los serios deberes de su cargo, siendo el hombre de consulta de todos los que a él se allegaban. Su ceguera fué lo que impidió sin duda alguna, el que fuera designado Constituyente el año 30; pero no fué obstáculo para que se ocupara, en rueda de íntimos, de un proyecto de Constitución Civil del Estado con aportes de mucho interés.

Sus conciudadanos, conocedores de las dotes de Larrañaga, lo eligen Senador por Montevideo.

Su obra en el Senado, del cual fué elegido Vice Presidente, fué por demás encomiable. Estudió y trató todos los asuntos con verdadero interés, poniendo a servicio de soluciones ajustadas, su talento, su prudencia, y su experiencia.

“Es rara la sesión —dice R. Algorta Camusso— a que asistiendo Larrañaga deje de intervenir aclarando puntos oscuros o dudosos, aconsejando, siendo siempre el espíritu de moderación, de cordura, de orden en aquel primer Senado compuesto, en realidad, de verdaderos personajes representativos”.

Las mociones presentadas por Larrañaga, entre las que descuellan las que se refieren a la abolición de la pena de muerte y al mejoramiento de la vida del pueblo, abonan con abundancia esta afirmación, que se hace más significativa si se piensa que el prócer estaba ciego desde el año 1825.

CON LOS HEROES

Y terminemos este capítulo recordando su profunda amistad con el Jefe de los Orientales, don Juan Antonio Lavalleja, con Fructuoso Rivera, con Manuel Oribe, con Joaquín Suárez, con José Rondeau; en la interesante correspondencia sostenida con estos próceres que tanto intervinieron en la gestación de nuestra nacionalidad, aparece claramente cuanto haya él influido con su consejo y con su prudencia en las gestas de los héroes; y cuanto — por este capítulo — se haya hecho acreedor a la gratitud y al respeto de sus amigos los patricios, y de nuestro país.

Para rubricar cuanto decimos plácenos transcribir lo que el mismo Larrañaga escribe en su viaje a Paysandú, relatando su estadía en el Campamento del Hervidero.

“Acabada la cena, dice Larrañaga, nos fuimos a dormir; el general me cede, no sólo su cama (un catre de cuero), sino también su cuarto, y se retira a un rancho. No hubo forma de hacerlo ceder en este punto; no oyó mis excusas, y desatendió mi resistencia”.

III

EL SACERDOTE

ANTE TODO SACERDOTE

Pero por encima de sus cualidades de hombre de ciencia y de patriota está su Sacerdocio que él supo honrar con su virtud y con su trabajo.

Vamos a decir algo más; su Sacerdocio es la causa, el motor, el estímulo que crearon en él al estudioso y al patriota.

En efecto; por poco que examinemos a Larrañaga, ya sea en su laboriosidad de estudioso como en sus fervores patrióticos, veremos que hay siempre una finalidad superior a la que la ciencia y la patria pueden tener en sí mismas.

La idea de Dios y del provecho de las almas lo subyuga y lo domina. Si estudia es para conocer mejor a Dios en sus obras; él recuerda las palabras del sagrado texto: que los labios del Sacerdote deben ser los custodios de la ciencia; si aplica sus conocimientos para mejorar la condición de sus hermanos, es para acercarlos más a Dios; y si lucha por una patria independiente y gloriosa es porque quiere que esa patria sea como un hogar de Dios en la tierra, en el que El presida y dirija toda la vida del país.

No hesitamos, pues, en afirmar que en el Pbro. Larrañaga, el Sacerdote prima por encima de todo valor; y que toda su personalidad tiene la razón íntima en su Sacerdocio.

No cabe duda que Dámaso Antonio Larrañaga fué un eminente Sacerdote.

“Surge junto al Sacerdote ejemplar — escribe nuestro dilecto amigo distinguido hombre de letras y gran historiador don Raúl Montero Bustamante, — junto al Cura de almas movido por las virtudes esenciales que hizo de la abnegación y del sacrificio sus constantes compañeros, junto al Prelado que dignificó la Iglesia y celó su decoro y fué Pastor vigilante de su grey, y el teólogo consumado, el profundo Canonista, el sabio moralista, el maestro de ciencias divinas y humanas”.

SU ACCION MULTIPLE

El sirvió a la Iglesia con todos esos talentos y con toda la fidelidad de que fué capaz su espíritu noble, y con el amor filial más puro y sacrificado.

Además de los cargos que ya hemos citado hay que añadir los siguientes: fué Cura de Montevideo; Juez eclesiástico y Vicario; Juez Delegado de la Santa Cruzada en el Uruguay, Corrientes y Entre Rios y Subdelegado del Gobernador eclesiástico de Buenos Aires para los mencionados territorios.

Como dato ilustrativo diremos que parte de estas facultades le fueron enviadas por intermedio del propio General Artigas, quien le escribía entonces:

“Acompaño a Ud. los documentos que manifiestan la autoridad que ha delegado en Ud. el Sr. Provisor de Obispado yo me glorió de este socorro espiritual y que Ud. tome las providencias competentes para el mejor desempeño”.

Más tarde, en 1832 como hemos expuesto en nuestra última Pastoral de Adviento, el Pbro. Dámaso Antonio Larrañaga fué nombrado Delegado Apostólico para la Banda Oriental, con todos los poderes de Vicario Capitular en Sede Vacante y con el título de Protonotario Apostólico, cargo que desempeñó hasta la muerte.

El Padre Larrañaga puede considerarse — en su carácter de gobernador eclesiástico de nuestro país, — como el primer eslabón de la Jerarquía eclesiástica en el Uruguay.

En el desempeño de todos estos cargos, el Padre Larrañaga se mostró el Sacerdote según el corazón de Dios, que ha consagrado su vida para el bien de sus hermanos.

En él la Iglesia encontró un defensor invicto de sus derechos y de sus libertades; su serena y enérgica nota dirigida al Cabildo en defensa del fuero eclesiástico abre una noble tradición de nuestra Jerarquía en la defensa de los derechos de la Iglesia que tiene su máximo exponente en el Siervo de Dios, Mons. Jacinto Vera.

Por aquellos tiempos la Iglesia luchaba con enormes dificultades, en el sentido de que debía dedicarse a la evangelización del terreno casi inculto de nuestro país desde el punto de vista religioso, echando las primeras semillas, con pocos sembradores evangélicos, separados por distancias que no era fácil salvar.

La obra evangelizadora, pues, de Larrañaga en esa etapa casi inicial se redujo, como era natural, a la siembra, más que a la organización.

Y es admirable su celo en esa obra oscura y penosa; tanto más si se considera que en sus últimos años hubo de afrontar la responsabilidad privado de su vista.

Como ya hemos insinuado al principio de este Documento se dedicó a la evangelización de los presos, a los que visitaba e instruía casi todas las tardes.

APOSTOL DE LOS HUMILDES

Como Capellán de las milicias se dedicó con ahinco a la formación espiritual de los soldados, a los que reunía dos veces a la semana, en uno de los cuarteles de la Ciudad, para tener con ellos una plática espiritual.

“Los esclavos — escribe don Rafael Algorta Camusso — tuvieron en el nuevo Teniente un verdadero protector, que se preocupaba de los pobres morenos con el cariño y la abnegación con que pudiera haber hecho un padre; muchas veces intervino personalmen-

te o por escrito para atenuar las justas indignidades que la conducta de los esclavos producían en el ánimo de los patronos, y siempre salía de esos semijuicios habiendo abogado y prometido en nombre del negro alzado. Esa conducta le valió el que uno de los viejos más respetables de nuestra ciudad colonial, al ver que no podía darle a un negro el castigo a que se había hecho acreedor, por haber interpuesto sus buenos oficios el Padre Larrañaga, le dijese entre risueño y colérico: "Mira, hijo, a tí debían haberte dado otro nombramiento del que tienes: en vez de Teniente de la Matriz, debías haber sido Teniente de los Negros".

Y añadamos que él mismo de su peculio, compraba esclavos y les donaba luego la libertad.

Pero no fué sólo el bien directamente espiritual el objeto de sus desvelos. Impulsado por la Caridad, que hace suyas las necesidades de sus hermanos, se dedicó con inigualado tesón a subvenirlos.

Así nacieron esas magníficas obras de Caridad cristiana; creó el Asilo de Huérfanos — la primitiva Casa Cuna — hoy Institución Dámaso Antonio Larrañaga — que el fundara por el año 1818 y que recoge bajo su techo a los niños huérfanos del país. El propio Larrañaga fué su primer Director, y en calidad de tal redactó su primer Reglamento.

Antes de esta fundación él solía enviar a sus expensas niños abandonados a la casa de expósitos de Buenos Aires.

Movido por el mismo celo presentó al Cabildo la iniciativa de la creación de una casa de Recogidas para recibir a las jóvenes que, impulsadas por la miseria, peligraban en la honestidad de sus costumbres.

Se atribuye también al P. Larrañaga una gran participación en la fundación de la Lotería de Caridad como medio de arbitrar recursos para las obras de beneficencia.

Para salvar al pueblo de la peste, en colaboración con don Antonio Machado de Carvalho, introdujo la vacuna en el país; y el mismo Larrañaga vacunaba personalmente los lunes y los jueves, convirtiendo su propia casa no sólo en consultorio, sino, además, en dispensario donde se conservaba adecuadamente el virus.

También para mejorar las condiciones materiales del pueblo introdujo la industria de los gusanos de seda y métodos para conservar las aves.

En la Capilla Jackson se conservan algunos ornamentos tejidos con la seda producida por su cultivo.

LA OTRA PATRIA

Y así después de cumplir esta febril y maravillosa obra que esbozamos apenas en sus grandes rasgos, llegó al P. Larrañaga su fin. El día 16 de febrero, precisamente a las 9 de la mañana, entregaba su alma a Dios, a quien había servido con tanto amor y fidelidad.

En esa hora suprema, eco de todas las de la vida, afloraron a

sus labios los dos amores a que consagró todos sus esfuerzos: Dios y Patria.

¡Jesús me ampare! ¡Jesús me valga! ¡Pobres Orientales! fueron sus últimas palabras; con ellas se cerró sobre la tierra aquella vida ejemplar y gloriosa.

Debemos recordar que en aquel tiempo la guerra asolaba nuestra República, que estaba pagando el tributo a esas crisis que parecen ser inevitables cuando los pueblos van buscando su asiento y forma definitiva.

Esos prolongados años de sitio, — años de miseria y de sangre, — oprimían el corazón del P. Larrañaga que había siempre soñado con una nueva era de paz, de trabajo y de unión; con razón pudo exclamar: “¡Pobres Orientales!”, como expresión suprema de su última angustia.

Pero su anhelo de paz no era desconocido a los bandos en pugna; y frente al cadáver del Sacerdote patricio si no llegaron a sobreponerse hasta deponer los odios, sin embargo hicieron una tregua, y como relatan las crónicas, y de uno y otro bando, se unieron ante el prócer muerto para rendirle en las exequias la postrera expresión de veneración y amor, tributándole “los más solemnes honores póstumos que se hubieran rendido hasta entonces a ciudadano alguno”.

Así perdió la Patria a un hombre que al decir de Araújo, “fué un espíritu todo luz, todo bondad; un carácter, el primer carácter de su tiempo; un hombre que jamás supo mentir, ni quiso disimular y que por eso poseyó la ciencia”.

LA LECCION QUE NOS DEJA

Una profunda lección debemos recoger en esta conmemoración centenaria.

Dámaso Antonio Larrañaga fué un gran Sacerdote que llenó su misión llevando su Sacerdocio a todos los ámbitos de la vida.

Verdadero discípulo y representante de Cristo, supo sentir todas las premiosas instancias de su caridad y de su celo; tuvo, como el Maestro, piedad sobre las turbas de sus hermanos en sus necesidades de todo orden, y pospuestos todo interés y miras humanas, remedió esas necesidades en la medida de sus posibilidades entregándoles en el plano espiritual, en el intelectual y en el material el pan de la gracia, de la ciencia y del trabajo. Pero siempre procuró que su obra constructiva de la Patria fuera ante todo una obra de paz; cuando sus conciudadanos no lo entendieron así, él dejó suspendidas todas sus empresas para dedicarse totalmente a establecer la armonía entre ellos, cruzando para ello por abruptos e ingratos caminos el suelo de la Patria, en busca de una fórmula de conciliación y de paz.

Y ésta, amadísimos hijos, es la lección que todos debemos recoger de la vida de este Sacerdote de Dios que fué, en la escala de la Jerarquía Eclesiástica de nuestro país, nuestro primer Padre espiritual.

¡Magnífica herencia la que nos ha dejado, cuyos valores no han sufrido la menor depreciación a través del tiempo!

Hoy más que nunca, necesitamos apelar al sano patriotismo que se inspire en las eternas y maravillosas palabras del Evangelio; que se despoje de intereses bastardos, de arteros egoísmos y de desmedidas ambiciones; que quiera buscar ante todo el Reino de Dios por las vías del amor, para recibir, por añadidura, el bienestar de la tierra mediante el triunfo de la justicia.

El mundo entero sufre profundas convulsiones que levantan densos nubarrones en los horizontes, y que están presagiando una terrible tormenta.

Y nuestra Patria, como parte de este mundo, cuya suerte en una forma o en otra tiene que compartir, necesita buscar soluciones eficaces y reales. Y no son las que se buscan por el camino del odio y de la violencia y de las luchas enconadas, las que han de darnos ese mundo mejor que todos esperamos.

Las auténticas soluciones son las que impone el espíritu; pero no las declamatorias, las que se proponen sin contenido sustancial, en fórmulas aéreas, tan inconsistentes como impalpables; sino las reales las concretas, las que están, en una palabra, contenidas en la buena nueva evangélica, que la Iglesia viene constantemente predicando por medio del supremo Magisterio del Romano Pontífice y repitiendo por boca de los Sacerdotes en todos los rincones del mundo.

Esas soluciones son las que aplicó Dámaso Antonio Larrañaga. No eran la feliz invención de su espíritu privilegiado; eran el eco de las enseñanzas de Cristo y de la Iglesia; pudo él decir con toda verdad: "Las palabras que yo os hablo no las hablo de mí mismo. El Padre que está en mí, el mismo hace conmigo las obras que yo hago". (2).

Amadísimos hijos: Recojamos las enseñanzas del Sacerdote muerto hace cien años.

En este tiempo de la Santa Cuaresma, propicio para las santas meditaciones, el ejemplo de Dámaso Antonio Larrañaga es por demás oportuno.

Que cada uno sepa sacar provecho de la lección de esta vida que ya ha quedado definitivamente en los horizontes de la historia, encendida como una antorcha; que todos los orientales sepamos bajo la augusta mirada de Dios, convivir una vida de trabajo, de comprensión y de paz.

Esperando que así sea os bendecimos de corazón en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.

Dada en Montevideo en nuestra Sede Arzobispal, el día 11 del mes de febrero del año del Señor de mil novecientos cuarenta y ocho.

† **ANTONIO MARIA,**
Arzobispo de Montevideo.



